

EL RÓTULO**Antonio J. Quesada**

El rótulo. “Taller de joyería Juan Ruiz Blanco”.

Era ya de noche cuando terminó la obra de teatro. La versión que realizaron de la pieza de Sartre no me había convencido, pero no podría haber llegado a esta conclusión sin antes haber asistido a la representación. Por tanto, a pesar de todo, actué correctamente acudiendo a la cita.

Definitivamente la obra no me convenció: siempre pensé que “Las manos sucias” daba para más. Para mucho más.

Volví a casa pensando en esto y en otras cosas de las que siempre revolotean en mi cabeza cuando estoy solo, mientras bajaba de noche por la calle de siempre. Paseando. Los que no tenemos coche nos movemos generalmente en autobús e, incluso con más frecuencia, andando. Es bueno para la circulación. Tanto para la nuestra como para la de la ciudad.

Siempre me tranquilizó pasear de noche. De noche las calles tienen otro tono, aunque la gran cantidad de edificios tapiados o derribados y los que estaban en construcción daban a la calle por la que bajaba un aire bastante peculiar. Era una calle a medio derribar o a medio construir, no se terminaba de saber a ciencia cierta lo que sucedía. En cualquier caso, era una calle que no dejaba indiferente. No podía negarse.

Fue entonces cuando lo vi. En la acera de enfrente.

En algún libro de poemas tengo escrito algo así como que, a veces, la vida te regala la mejor poesía. Sería incapaz de encontrar el poema, pues no estoy dispuesto a sufrir el tormento de releer mis cosas publicadas, pero por algún sitio debe de estar. Confieso que al contemplar la escena que esa noche la vida me puso ante los ojos recordé aquel viejo verso. Y me sentí intelectualmente digno: siempre que he sido capaz de instalar alguna vivencia personal en alguno de mis poemas publicados con anterioridad me he sentido intelectualmente digno. No es para tanto, pero... soy así.

El misterio de la acera de enfrente. Siempre atrae más la acera de enfrente, es ley de vida. Francisco Umbral aseguraba que era porque la acera de enfrente siempre tenía más escaparates, y llevaba razón. Más escaparates o, por lo menos, los más interesantes, matizo yo. Cela, por su parte, siempre opinó que un caballero nunca debe detenerse a mirar un escaparate. Puede que tuviera razón, pero ya no estoy tan seguro.

“Taller de joyería Juan Ruiz Blanco”, decía el rótulo. El taller de joyería Juan Ruiz Blanco había pasado a mejor vida hacía tiempo, era innegable: el edificio estaba tapiado, cegado, inútil. Pero el rótulo del comercio seguía allí, orgulloso e inservible, sobre lo que en su día fue la entrada al establecimiento, junto a una también inútil alarma.

Era curioso comprobar cómo el rótulo luminoso que todavía seguía instalado brillaba en la oscuridad de la noche. Quijotesco: me gusta. Como ofertando, ya, Nada.

Me detuve, en plena noche, y estuve durante unos minutos reflexionando ante el rótulo y deleitándome. Soy poeta: siempre me atrajo lo inútil. Lo que no es rentable, económicamente hablando.

¿Para qué, ya, el rótulo?

¿Cómo, el rótulo?

Ante todo, ¿por qué, el rótulo? ¿Por qué, todavía, el rótulo?

¿Sería posible cegar un edificio y mantener un cartel luminoso, que ya no publicita nada, encendido noche tras noche?

¿Sería inteligente hacerlo?

¿Existe vida después de la muerte?

De día, el edificio seguía allí, ciego, inútil y desapercibido, como esperando ser derrumbado por alguna mano piadosa. De noche, el rótulo luminoso brillaba con tímido orgullo, publicitando un cadáver y gozando con la inexactitud. Poético.

Un cadáver. El cadáver. El cadáver de una joyería. El cadáver de la joyería. La joyería de Juan Ruiz Blanco.

Ante mis ojos, por tanto, el pequeño milagro. ¿Se produciría este milagro cada noche, como sucede con la sangre de no sé qué santo napolitano cada año, según tengo entendido?

¿Quién paga esa luz?

¿Quién apaga esa luz?

“Taller de joyería Juan Ruiz Blanco”. El rótulo.